



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LXVI. Que trata de lo que vera el que lo leyere, ó lo oirá el que lo esuchare leer.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.



Al salir de Barcelona, volvió don Quijote á mirar el sitio donde habia caído, y dijo: aquí fue Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas

glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo: tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste: porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza.

Muy filósofo estás, Sancho, respondió don Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin (1) mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora

(1) Esto es, me han salido á la cara, me han costado caras. — Arr.

cuando soy escudero pedestre , acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado , con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere : que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

Bien has dicho, Sancho, respondió don Quijote : cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito :

Nadie las mueva ;
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho ; y si no fuera por la falta que para él camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda : y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo : alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha hacer en nuestra apuesta. Si diré por cierto, respondió don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fue la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos, con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador como se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro acuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que don Quijote respondiese : y á mí, que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito.

Responde en buena hora, dijo don Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya : hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor : y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

Voto á tal, dijo un labrador, que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor

ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

Yo señores, respondió don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado, así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: si el criado es tan discreto, ¿cual debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierta, y otro dia siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡oh mi señor don Quijote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa!

No os conozco, amigo, respondió don Quijote, ni sé quien sois, si vos no me lo decis. Yo, señor don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez.

¡Válame Dios! dijo don Quijote, ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

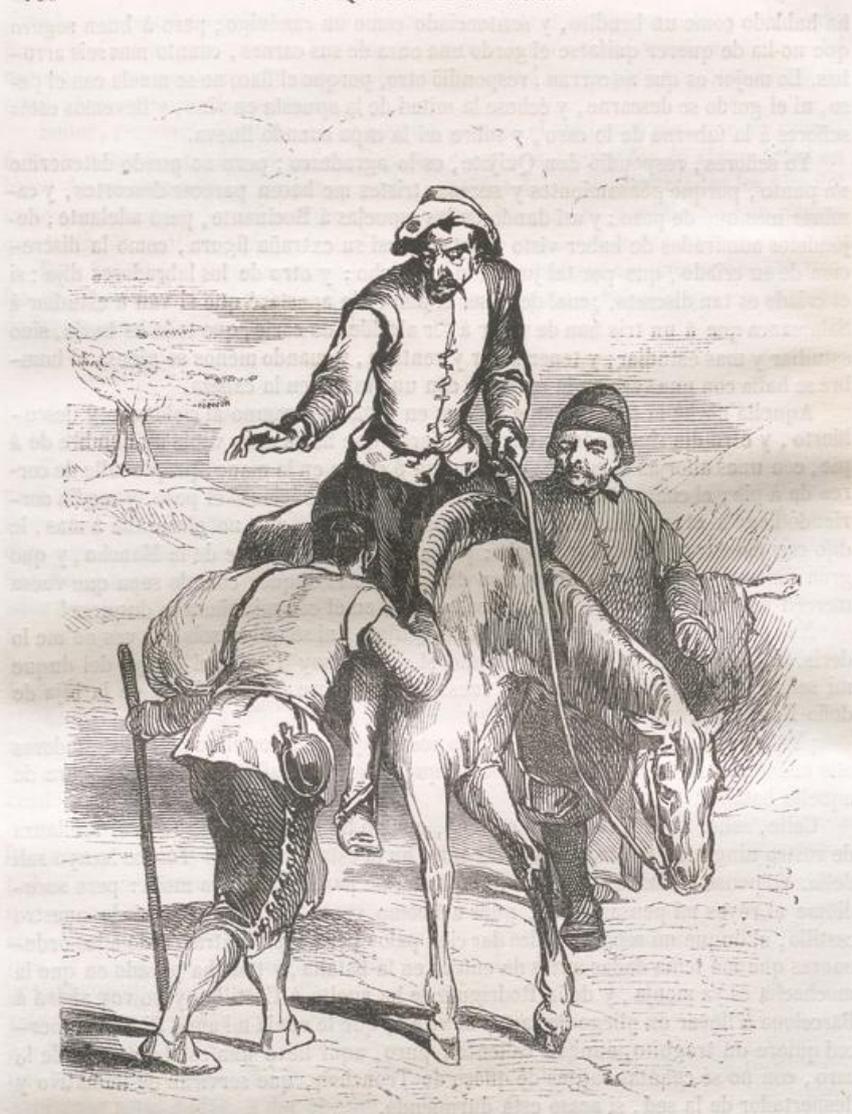
Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo sali della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza: pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las órdenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

Quiero el convite (1), dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo don Quijote, tú eres Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contratahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas.

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó (2) sus rajas, y sacando un panecillo él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compa-

(1) Metáfora tomada del juego del convite, y se dice así cuando se acepta este. Aquí significa aceptar el convite. — Arr.

(2) Sacó de las alforjas. — Arr.



ña despavilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho: sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿ Como debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él, pero ¿ que aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna.

Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido, pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo adios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo que á la sombra de un árbol le estaba esperando.